

Una cabra tenía siete cabritillos a los que quería tanto que con todo su empeño los protegía del lobo. Por eso, un buen día que tuvo que salir al bosque en busca de alimento, los llamó a todos y les dijo:

—Queridos niños, salgo un momento en busca de comida, así que cuidaos del lobo y no le dejéis pasar. Pero sobre todo, ¡nunca bajéis la guardia! Porque, aunque enseguida lo reconoceréis por su voz ronca y sus patas negras, al lobo le gusta disfrazarse. ¡Ay, si alguna vez consiguiera meterse en nuestra casa! Os engulliría a uno detrás del otro.

Diciendo esto se fue, pero en su lugar, enseguida apareció el lobo delante de la casa y, llamando a la puerta, bramó:

—Abrid, queridos niños, que soy vuestra madre y os traigo muchas cosas bonitas del bosque.



Pero los siete cabritillos contestaron:

—¡Tú no eres nuestra madre! Ella tiene una voz fina y clara, no como la tuya que es ronca. No, no y no, que no te abrimos: ¡Tú eres el lobo!

Entonces el lobo, raudo y veloz, salió en busca de un buhonero al que compró un gran trozo de tiza, que en el acto se tragó para aclarar su voz. Aún se relamía cuando, de vuelta en la casa de los siete cabritillos, llamó a la puerta y dijo con voz fina y clara:

—Abrid, queridos niños, que soy vuestra madre y traigo del bosque algo para cada uno de vosotros.

Pero como el lobo había apoyado su pata en la ventana, en cuanto la vieron, los cabritillos contestaron:

